

EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Setiembre 25 de 1860.

Núm. 10.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, SETIEMBRE 25 DE 1860.

A la Patria

EN EL 18 DE SETIEMBRE DE 1860.

Cincuenta años el sol en su carrera
Te alumbró, Patria mia;
Mas nunca pudo su inmortal lumbrera
Trocarse en noche pavorosa i fria.
Jamás hasta el presente
De la viudez el mísero alarido,
De la horfandad doliente
El desgarrado funeral quejido
Se oyeran resonar en nuestro suelo.
Jamás! jamás! pues que benigno el cielo
Hasta ayer nada mas blandió su diestra,
De ira quizás lleno;
I la venganza i el rencor que aterra,
I el monstruo sanguinario de la guerra,
En medio del dolor i del desmayo,
Mas rápidos que el rayo
Los vimos descender sobre el chileno.
¿Qué es esto? ¿Dónde estan aquellos dias
De orgullo i de placer? ¿Dónde se fueron
Los ínclitos varones que supieron
La patria rescatar del cautiverio,
I hacer de este hemisferio
El suelo del amor i la ventura,
Donde brilló tan pura,
Sin ser jamás hollada,
La libertad tan santa i tan amada?
¿Dónde estan esos bravos, esos héroes
Que al combate volaban,
I despues de vencer engalanaban
A la patria orgullosa
Con guirnalda graciosa,
Por el valor tejida,
Para adornar su frente esplendorosa,
Soberbia siempre i ni jamás rendida?
Dónde están? Dónde están? Duermen el sueño

De la inmortalidad: no hai que turbarlos:
No hai, por Dios! que llamarlos,

Que tal vez nuestro grito,
Haciendo remover sus osamentas,
Forzara a que se alzasen tremebundos,
I en ecos espantados i profundos
De su afanar pidiéranos las cuentas.

¿I qué responderíamos? ¿qué acentos
Bastaran a salvar nuestra flaqueza?

¿Qué voces a escusar nuestra torpeza,
Nuestro fatal delirio?

¿Qué respuestas, en fin, si preguntaran
Por el destino de la patria, i viéranla
Al rubor condenada i al martirio?

Nó, que jamás sus tumbas el quejido
Ni perturbe ni humille;

I léjos de llorar como mujeres,

De llorar sin remedio,

Sofoquemos el tedio

Apurando el licor de los placeres.

Sí, que atruenen los aires

Las bélicas canciones:

Que luzcan los marciales batallones

Su porte i su denuedo

A la voz del cañon: que hienda el viento,

De aromas mil cargado,

El eco alborozado

De la dicha comun i del contento.

¿No es feliz el que sueña? Pues soñemos:

No es feliz el que espera? Sí, esperemos;

Que el porvenir, i no tal vez distante,

Asomé cariñoso su semblante,

Cual el sol en la esfera

Que densa nube su fulgor cubriera.

El mundo de los sueños no se acaba;

La esperanza, por Dios! no se marchita;

I *un mañana* tal vez la frente lava

Por el oprobio i la vergüenza escrita.

Sí, venga el vaso, i el licor la frente

Adormezca amoroso,

I en jiro voluptuoso

La de continuo negra fantasía

Se empape en la alegría,
I coronada de jazmin i rosas,
De amores esmaltada,
Auyentando las sombras pesarasas
Con que se halla enlutada,
A fuerza de deleite se escandile,
I grite palpitando ¡Viva Chile!!!

Sí, que a los cielos este grito lance,
Que arroje el corazon tan santo grito;
I que despues la música i el canto

Lo eleven hasta el santo
Trono de Dios que habita el infinito.

Oh! patria ¡Cuán hermosa te divisa
El alma por el prisma de esperanza!
¡Cuánto bien i virtud el alma alcanza
Del corazon patriota!

¡Cuanto bien! sí, qué gozo no disfruta
El que te mira en alas del deseo!
Ese no vé ni al malo ni al idiota
Movidos en perpetuo devaneo:
Ni a los tiranos esgrimir la espada
Sobre la torpe grei avasallada:
Ni a la discordia insana revolviendo
La paz del ciudadano,
Ciega de sangre i de furor ruiendo:
Ni a la patria, por fin, triste llorando
Sobre un monton de ruinas,
Cual madre que contempla en su amargura
De sus hijos la amada sepultura.

Sí, dadme el vaso, ciñanlo las gracias
De suave dormidera;
Que contemplar feliz quiero a mi patria
Un momento siquiera.

No quiero ver ya mas la adusta imájen
De Catón ni de Bruto;

No quiero mirar mas el triste fruto
Que da la libertad; nó, que veneno
Solo se exhala de su puro seno.

La libertad! qué nombre tan precioso!
La libertad! qué planta tan divina!
El hombre la cosecha presuroso
I en lugar de la flor halla la espina.

La libertad! ¿qué madre infortunada
A élla se igualara en desventura?
Por la mano de Dios es fecundada,
I da despues una creacion impura.

No quiero pues mirarla en los altares
De fúnebre crespon encapotada,
Ni que llegue a su faz tan venerada
La queja femenil, cobarde llanto,
Que si inspiran piedad, abaten tanto!
Lo ois? Miradlo bien, no haya mas queja;
Es fuerza la embriaguez, lei la locura;

Del licor no se siente la amargura
Cuando el sentido en el placer se deja.

¿No escuchais el mujido
De esa máquina alada?

Pues bien! entre sus alas trae guardada
El bien del porvenir apetecido.

Sí, ya la veis; i dentro de mui poco
Nuestro Chile querido

Se mirará aferrado
Por la dulce cadena del trabajo,

De aquel amor que inspira levantado
No solo el mutuo bien, la mutua gloria;
Que harán despues que esculpa sin tardanza,

Para ejemplo del hombre,
Su cariñoso nombre

Con noble orgullo la severa historia.

Quereis artes? Corred! están abiertas
Las puertas de su templo. Ved la mano,

Ayer no mas inculta,
Segura ya trazar esos primores

Con que el pincel da vida a los amores,
A la dulce ternura, al casto fuego

Que al jenio inspira la inmortal belleza,
De nuestra santa relijion la alteza,

I que en divino arrobo la sepulta.
¿Quereis ciencias? Pues bien! en donde quiera

Veréis quemar incienso en sus altares;
Alumnos de ellas contaréis millares

Que brillarán en su estendida esfera.

Si la industria buskais, desde el infante
I la doncella hasta el marchito anciano

Podrán mostraros, de modestia llenos,
Obras mil de su mano.

Si quereis contemplar nuestra ventura,
Nuestro bien material, nuestra riqueza,

Levantad un instante la cabeza
I encontraréis palacios, lujo, brillo,

Un pueblo ya formado
Donde era un yermo ayer desamparado.

Quereis en fin placer? Goces sin cuento
Hallaréis que os convidan amorosos,

Para despues dejaros fatigosos
De embriaguez estenuados i contento.

Esto dijo a mi oido la locura,
I a este acento de amor, siguió otro acento;

Mas no era de placer, era un lamento,
Eco fiel de una horrible desventura.

Por Dios callad! recuerdos cariñosos;
No habéis ya mas, horrible desengaño,

Que es el dia del año
En que es fuerza olvidar i ser dichosos.

Oh patria! si deliro, me perdona,

Perdóname si lloro, patria mia;
 Que el corazon que sufre mas se encona
 Al contemplar difunta su alegría.
 Mas ay! en tus altares me prosterno
 I el incienso de amor quemado arrobado,
 No llorando las glorias del pasado,
 Sino pidiendo fervoroso i tierno;
 Porque te alumbre el sol, i sus reflejos
 No los empañe mas sombra importuna:
 Porque te ampare siempre la fortuna;
 I al escuchar tu nombre en donde quiera,
 El pobre, el ignorante, el abatido,
 Repitan con confianza,
 Con acento de amor el mas sentido:
 Chile! Chile feliz! tu rico suelo
 De América es el cielo,
 I del mundo oprimido la esperanza!

M. BLANCO CUARTIN.

Destino de nuestra poesía.

IX.

Introducidos en la poesía, a consecuencia de los hechos que hemos asentado, los vicios inherentes a una literatura que va perdiendo de su majestad i pompa clásica, justo i mui justo era que se pretendiese levantarla de esa postracion, que se tratara de volver a hacerla recuperar ese brillo que la habia hecho resplandecer hasta entónces.

Movidos de este pensamiento, pusieronse a la obra unos cuantos hombres de ingenio i crédito; pero por desgracia sus esfuerzos, lejos de ser coronados como lo merecian, no hicieron otra cosa que aumentar el catálogo de los males que pesaban ya sobre la poesía. Entre estos los que aparecen en primera línea son don Francisco de Quevedo i don Luis Góngora, jenios ambos de primera nota, con especialidad el primero.

Ciertamente, la figura de Quevedo en la literatura castellana es una de aquellas cuya grandiosidad no puede disiparse por el transcurso del tiempo, ni cuya memoria podrá jamas borrarse mientras exista la lengua de nuestros padres.

Dotado de un ingenio asombroso, de una fantasía ajigantada, de una instruccion vastísima no solo en la literatura griega i latina sino en la oriental, en la que, segun la opinion de sus biografos, era realmente doctísimo: un hombre pues de esta especie habria sido una mano poderosa, i mas que suficiente, para volver a esmaltar la joya de la poesía ya tan deslustrada i enmohecida. Pero no fué así, por cuanto olvidándose por lo jeneral de sus brillantes dotes, dejábase llevar unas veces casi ciegamente del estragado gusto que habia corrompido su siglo, embutiendo hasta en sus mas bellas composiciones los equívocos mas

desatinados, las agudezas mas alambicadas i las chocarrerías mas groseras e indecentes.

I no se diga que él no conocía sus extravíos, que desconocia el papel que debia desempeñar en las letras, pues era en ocasiones de un gusto el mas puro i acendrado, de un chiste el mas mesurado i donoso i de una elevacion que acredita los profundos estudios que habia hecho de los mejores modelos de la literatura antigua i de la de su patria.

Por las versiones que hizo de Horacio, se deja ver lo nutrido que estaba de la médula de la literatura clásica: sí, no cabe duda: el poeta latino habíale inspirado esa valentia de pensamientos, esa chispa satírica que a veces salta de entre sus conceptos mas sofisticos i alambicados, ese raudal de gracias que corre como de una vena copiosa de donaires i agudezas. En prueba de ello, permítasenos citar la traduccion de las primeras estrofas de la oda de Horacio sobre la medianía en sáficos como el orijinal, que cita don José de Marchena para probar como Quevedo castellaniza las voces latinas cortando, como dice este crítico, la frase enteramente a la Española.

Mui mas seguro vivirás, Licino,
 No te *engolfando* por los hondos mares,
 Ni por huirlos *encallando* en playa
 Tu navecilla.

A quien amare dulce medianía
 No le *congojan* viles *mendigueses*,
 Ni le *dementan* con *atruendos* vanos
 Casas reales.

Mas hiere el viento los erguidos pinos
 Dan mayor vaque las soberbias torres,
 En las montañas rayos fulminantes
 Dan batería.

Pero todas estas bellezas i todos estos descarríos indisculpables ¿cómo pueden, preguntamos, avenirse en un mismo hombre? ¿Cómo puede concebirse que el que podia dar, i daba con su ejemplo los preceptos mas puros de buen gusto, diese asimismo en otras ocasiones indicios, pruebas, dirémos mejor, para ser tenido por solo un ingenio sin cultura que a su sola fuerza creadora obedece i nada mas?

La respuesta de esto solo puede darse con lo mismo que hemos ya dicho al tratar de Lope de Vega: con decir que la sociedad en que vivia vició su gusto, malogró en cuanto pudo sus altas i admirables cualidades i redujo, lo que es mas sensible, a que se crea por algunos su memoria como un recuerdo ominoso para las letras.

Infinitos hai entre sus enemigos, digo enemigos porque tambien existen apasionados suyos, que atribuyen la decadencia de la poesía especialmente a él; que lo acusan de haber pervertido el decoro de las musas, de haberlas ensuciado con sus zafias chocarrerías; que hasta lo inculpan injustamente de haber embrocado la lengua, privándola de espres-

siones nobles i majestuosas por el prurito de engalanarla con locuciones viciosas i extravagantes.

Peró figúrese sin duda que el mal introducido por él valia mas que la enfermedad que se habia apoderado del parnaso Español: que mas valian esos defectos, de que podia librarse mañana la poesía como de un adorno superfluo, que no la mezquindad i la trivialidad que en su juicio hacíanla perder la nobleza i majestad que habia heredado de sus fundadores.

En este concepto juzgó, talvez, propio i digno el papel que representaba, llamándose aun mismo tiempo el rejenador de la poesía. Igualmente debieron pensarlo los que, con el título de *cultos*, de *conceptistas*, de *equivocistas* i de *sentenciosos*, cometieron otros tantos mayores desbarros, no pudiendo, como ha sucedido a Quevedo, escudarse para la censura con las mil bellezas que al lado de sus monstruosidades i adefesios lucen esparcidas en sus obras.

Friamente sentencioso como que profesaba la filosofía estoica: a veces sublime i atrevido como que interpretaba la escritura: teólogo en fin, i filósofo, no es de estrañar que una vez puestos sus piés en la senda del mal gusto se deslizase hasta tal grado por ella, que ofreciese a un tiempo en el conjunto de sus obras esa mezcla de grandeza i pequeñez, de altitud i rastro que han hecho que su fama se la disputen como el cadáver de Patroclo, negando unos hasta su verdadero mérito i otros enalteciendo como maravillas del ingenio lo que no es ni puede ser sino estragamiento i miseria.

«Su estilo en prosa, dice el autor que hemos citado frecuentemente en este discurso, en lo serio como en lo jocosó es siempre cortado, sin trabazon ninguna, sin progresion, i sacrificando casi siempre la naturaleza i la verdad a la exajeracion i la hipérbole.»

«Su imaginacion era vivísima i brillante, pero superficial i descuidada; i el jenio poetico que le anima, centellea i no inflama, sorprende i no conmueve, salta con ímpetu i con fuerza pero no vuela ni toma nunca una elevacion sostenida.» Tan cierta es esta apreciacion, que uno podria convencerse de ella con solo leer cualquiera de sus composiciones hasta el fin. Tomado aisladamente un trozo de ellas nos encanta la sonoridad, la robustez del verso, lo bien cortado del período, nos admira lo ingenioso del pensamiento, la osadia de la imaginacion; pero observado todo el conjunto, de seguro que la admiracion irá apagándose poco a poco, i tanto que no volveremos a desear volver a leerlo en mucho tiempo. Si hai autores que ganan, como ciertos hombres por el trato familiar, que llegan hasta hacerse perdonar sus defectos por los agrados que encontramos en su intimidad, Quevedo, por el contrario, es de aque-

llos que pierde en la estrechez, es uno de esos que mirados con confianza ocultan sus buenas prendas, por relevantes que sean, i lucen solo sus numerosos defectos. Es tan cierto este juicio que, abriendo a la ventura cualquiera de las pájinas de sus poesias, hallaremos por fuerza algo que nos llame la atencion, algun verso que hiera nuestro oido, de manera que se fijará necesariamente en el cerebro sin que para ello hayamos puesto el menor empeño. De nadie pueden citarse versos sueltos, frases aisladas que sean mas bellas, que puedan tornarse mejor en aforismos, en apotecmas, ni que mas acrediten en compendio la grandeza del jenio i la osadia de la imaginacion.

Viardot i Puibusque entre los estranjeros son los que mas han comprendido, a nuestro juicio, el jenio de este poeta, de este filósofo, de este famoso prosista, en quien la naturaleza, propicia entónces para la España en triunfos i glorias, pareció hacer gala de sus favores. Lo que es por nosotros, creemos que debe estudiarse por todo aquel que aspire al lauro del poeta, a lo ménos para dar valentia al estilo poético, para aprender a compendiar en una frase un bello pensamiento, para conseguir redondear maestramente los períodos, para manejar en fin la lengua con desembarazo i gallardía.

Faltar pudo su patria al grande Osuna.

Vencida de la edad sentí mi espada.

Fatigó su furor el hemisferio.

Como estos versos sublimes hai a centenares en sus obras: los que, como lo hemos dicho, no pueden ménos que ser modelos felicísimos de sublimidad de diction, que, como se sabe, solo puede lograrse en ocasiones haciendo brotar la luz como las chispas de una máquina eléctrica.

En muchas de las composiciones de la novena musa de este autor es donde puede aprenderse mejor que en otros modelos el modo de decir breve que pide la sublimidad del pensamiento, esa sublimidad apetecida por Lonjino, i que debe ser tan rápida como lo es la concepcion que la inspira. Las acusaciones que se hacen a Quevedo acerca del cinismo en que se empapan sus agudezas, pueden asimismo hacerse a todos los escritores satíricos no solo de ese tiempo sino de los posteriores. Mas en esto, i para apreciar debidamente las causas de este vicio que se le achaca, es forzoso remontarse a otras consideraciones mas altas, a reflexiones que solo puede dar el estudio de la situacion política en que se ha hallado España desde el primer monarca de la raza Austriaca.

Sabido es que la mayor parte de los escrito-

res satíricos españoles han pecado en truhanes i chocarreros; haciendo en esto decir a los extranjeros, que la gracia no puede ser lijera i pulcra en aquella nacion como lo es en Francia, por ejemplo. Tan desacordada reflexion solo puede hacerse ignorando absolutamente la organizacion política de España desde el establecimiento de la inquisicion, no conociendo a fondo ni su historia pasada, ni fijándose en las prendas que constituyen el carácter de sus hijos.

Siendo el despotismo la esencia del gobierno Español desde que los Reyes Católicos subieron al trono ¿cómo es posible entónces exigir de los escritores aquellas chanzas cultas, finas, aquellos donaires que recrean la fantasía sin emporcarla i hacer retozar en los labios la blanda i lijera sonrisa?

La gracia, el chiste pende casi siempre de una alusion que nada dice a primera vista, pero bajo la cual se transparenta el ingenio, se columbra aquella inocente mordacidad que se desprende de las ridiculeces i miserias del hombre. La gracia no debe verse, debe adivinarse, pues, cuanto mas imperceptibles son sus dardos tanto mas seguros son sus efectos en el que ha sido tan sagaz para penetrarse de la espiritualidad de su intencion.

Los pueblos rejidos por leyes adecuadas a la prosperidad jeneral, que viven bajo instituciones liberales, que de continuo oponen un valladar al despotismo del que ejerce la autoridad suprema, i que, por lo mismo, se encuentran con derecho de reprender con la burla las demasías que se cometen poniendo de su lado a lo que se llama *opinion publica*: esos pueblos, decimos, son los únicos que pueden presentar dechados de donaire, de esos chistes que quieren buscar los franceses, tan amancebados hasta en el reir, en los pobres Españoles que han jemido durante cuatro siglos bajo la tiranía mas dura i el despotismo mas envilecedor i mortífero.

En este sentido ¿cómo podia el poeta satírico dar suelta a su vena para hacer reir del ministro presumido, del monarca que unia a su devotismo sanguinario i atroz los vicios de un Sardanapalo i las crueldades de un Calígula?

¿Qué chistes de este jénero no habrian valido al poeta el encierro eterno en una masmorra? Si queria por ejemplo ridiculizar al mal sacerdote, al hombre que olvidado de su ministerio se entregaba a todas las locuras vulnerables hasta en los hombres de espada ¿no habria ido a pagar su osadía en las hogueras de la inquisicion, que tan bien sabia identificar, para dar riendas a su rabia de esterminio, los ataques hechos al hombre con los que se hacian o podian hacerse a la relijion por los calificados de herejes?

Los pueblos libres son los que se esplican

con mas vigor, sin tapujos, sin embarazo contra los que juzgan como enemigos suyos. Por esto es que los ingleses han calificado de *humour* a las chanzas que les arranca el ridículo que quieren verter sobre quien juzgan como que atenta a la pureza de sus costumbres o a la invariable rijidez de sus leyes.

Las naciones esclavas, por el contrario, ni a quejarse se atreven; i el susto que les inspira la grandeza i el poder de sus opresores no les deja ni siquiera el valor de emplear las armas del ridículo contra ellos. Sí, los pueblos oprimidos no pueden reir; mas, no pueden pensar; i bajo este punto los Españoles quedan mui salvos de la acusacion que se les hace por no haber sabido usar de la sátira, de la gracia, por no haber dirigido rectamente las armas del chiste.

Siendo así, ¿qué extraño tiene que Quevedo, no pudiendo atacar nada de lo que le parecia ridículo, se pusiese ex-profeso a escribir agudezas, trazando las bodas de la berza con el repollo, i rebajándose hasta otras todavia mayores insulceses i necedades?

*En el sueño de las calaveras, en su visita de los chistes, en las cartas del caballero de la tenaza ¿qué es lo que ridiculiza? ¿A quién escarnece? ¿Es a los déspotas, a los perversos que destinados para dirigir los destinos de la monarquía la esquilman i desangran? ¿Es a la supersticion a la que aseta sus tiros? ¿Es a la pequeñez i miseria de los Españoles que besaban humildes i agradecidos las manos que los abofeteaban i secaban en su rostro el brillo de sus glorias? Nó, nada de eso: los que merecen sus saetas, los que le inspiran su sátira, son los pobres poetas que han escrito malos versos, que no han sabido encontrar un consonante oportuno: son los pobres casados que para que sean graciosos es fuerza que sean *cornudos*, etc. ¿A qué están pues reducidas todas sus sátiras? A la crítica de maridos consentidores i faciles, a la pintura de rufanes i de mujeres prostituidas, de escribanos ladrones, de alguaciles venales i nada mas.*

Forzoso pues era que un ingenio tan ajigantado como el suyo, no teniendo otros sujetos dignos de su vena, se achicase hasta el caso de revolcarse en esos lodazales de indecencia i chocarrería. Sí, en su situacion no se podia hacer mas: i en tal caso mas le hubiera valido para su fama misma no avillanar su talento, no prostituir su grandiosa fantasía, ni ménos legar a la posteridad tan mezquinos modelos.

Esta disculpa, con todo, no es estensiva al mal gusto con que vició sus poesías serias: nó, pues siguiendo la pauta de los autores que le habian precedido habria dejado un nombre preclaro en las letras i, mas que eso, la gloria de haber sido el restaurador de la poesía de su patria.

Quintana dice en pocas palabras lo que para nosotros quizás sería necesario muchas páginas: así nos contentaremos con copiar estas líneas, que en nuestro sentir compendian no solamente lo que hemos dicho sino que marcan perfectamente el juicio que la posteridad debe hacer de este hombre extraordinario.

Dice así: «Al encontrar en sus obras tantos pasajes brillantes, despues de tributarles la justa admiracion que se le debe, no puede ménos de sentirse un movimiento de indignacion, viendo el lastimoso abuso que Quevedo ha hecho de sus talentos, i empleado en equilibrios vanos i suertes de volteador los vigorosos músculos i fuerzas de un Alcides.»

M. BLANCO CUARTIN.

Continuará.

Una rosa.

FANTASIA.

De la fresca primavera

Allá en la mitad de un dia,

Bella una rosa entreabria

El purpurino boton.

Cerca de ella, en otra rama,

Viase a un clavel hermoso,

Columpiándose gracioso

Al céfiro jugueton.

Al divisar a su lado

A la rosa, con terneza

Dobló el clavel la cabeza

I un beso de amor la dió.

La naciente florecilla

No comprendiendo el cariño,

Con la inocencia de un niño

Temerosa se escondió.

—«No seas tímida, rosa,

Que no pretendo dañarte,

I por el contrario, amarte

Juro, con vehemente ardor:

Tú recien sales al mundo

I no sabes que la vida

Solo es grata si prendida

Va en las alas del amor.

Desprende el lijero broche

Que te oculta, linda rosa,

I ya verás si dichosa

Puede hacerte mi pasion.»

I el clavel acariciándola

El delicado capullo,

La pedia en suave arrullo

Desatase su boton.

Al fin la inocente rosa

Desplegando su ropaje

Salió al mundo, i homenaje

Todo el prado la rindio.
Su cáliz de aroma henchido
Rico perfume exhalaba,
I tal belleza ostentaba
Cual nunca otra flor se vió.

La brisa soplando apénas
En sus hojas se adormia,
I embriagada parecia
En su balsámico olor:
—«Jamás purpurina rosa,
La murmuraba en su idioma,
Contuvo mas dulce aroma
En su copa, bella flor.

Nunca he visto en los jardines,
En los cultivados prados,
Ni en los campos olvidados
Flor de tanta perfeccion.»
Al verla así cortejada,
El clavel, en su existencia
Duplicada la violencia
Sentia de su pasion.

—«Nuestros tallos enlazemos,
Decíala enamorado,
I en tu seno reclinado
Probarás lo que es amor:
Cuando la noche no vierta,
En tus hojas, su rocío,
Derramándote yo el mío
Te regalaré frescor.

Oh! seremos mui dichosos
En nuestros tiernos amores,
Nos envidiarán las flores
Mientras gozamos los dos.»
I doblegándose fino
Un beso darla queria,
Pero ella no le entendia
I se ocultaba velóz.

El en su amor espirando
Tornaba mas amistoso
A llamarla i quereloso
La repetia su amor:
Volvia a salir la rosa
I él de nuevo se inclinaba,
I al instante se plegaba
Ella siempre con temor.

Al fin una de estas veces
En que siguiera la chanza,
A la bella rosa alcanza
I... la flor se estremeció.
¡Pobre rosa! tristemente
Alzó una mirada al cielo,
I dos gotas sobre el suelo
De sus hojas esprimió.

.....
.....

De la siguiente mañana
Brillaba la luz primera,
I en la esmaltada pradera
Agonizaba una flor.
¡Era la inocente rosa
Que tanto al amor temia,
Porque talvez presentia
Sucumbiria al amor!

RAFAEL SANTOS.

Viaje sin moverse de la cama.

POR DON PACIENTE DE LA VERDAD.

CAPITULO V.

Excursion en busca de bellas artes.—Museos, Academias de Pinturas, etc., etc.

Triste es, sin duda, lector, que todas mis excursiones principiën con el dia i concluyan con él; i que la noche que como se sabe, es la mas propia para los cuentos i los fantasmas no me haya proporcionado todavia una sola ficcion con que entretenerme. Pero a bien que con echar la culpa de esta falta a mi fantasia está todo hecho, i sobre todo, lleno el natural deseo de criticar a quien ha sudado por divertirme.

¡Terrible condicion la del que escribe para el público! sí, terrible, pues jamas el que lee, aunque sea de prestado, perdona al autor de la obra los pocos momentos de contraccion que ha logrado arrebatarse.

¡I dirán que la especie humana no es un centon de ingratos! si que lo es; i de ello puede cerciorarse cualquiera con solo echar la vista sobre su individuo i examinar desapasionadamente lo que pasa en ese *yo* que tan malos ratos ocasiona a los ideólogos.

Pero esta ingratitud, te pregunto ¿no es peculiar de nuestra naturaleza, no es propia de nuestro organismo? Los que presumen de buenos, de cierto que dirán que lo que yo digo es una calumnia, que lo que se afirma a este respecto no es mas que una mentira, hija del cerebro enfermo de aquellos que, para vengarse de la crueldad de su destino, se contentan con borrar esa hermosa página del autor de la naturaleza.

Pero entremos con ellos en lisa. Los hombres son buenos, se dice, i para probarlo se alega que las virtudes que vemos resplandecer de vez en cuando en la tierra son capaces de ofuscar por su grandeza los vicios i los crímenes que por contraste observamos inundar casi la esfera del mundo.

Pero venid aca, señores apasionados de vuestros propios defectos, i decidme si esas virtudes que me ensalzais pueden equiparar las maldades cotidianas que presenciarnos, i de las cuales no puede uno darse cuenta sino atribuyéndolas al innato deseo del mal, que pese a quien pese, nos domina casi siempre.

Para un Fenelon i un Vicente de Paul hai mil Robespieres: para un san Luis hai mil Franciscos II: para un Gesner hai mil monstruos que talan la creacion: para un Newton i Descartes hai, por fin, un millon de estúpidos que corren la vida, cambiando las monedas de la necesidad por las del

talento i la filantropia. ¿A dónde pues la virtud, el saber, la benevolencia i demas afectos del alma, predominan? ¿En qué parte mirais que la justicia impera, que el derecho se respeta, que la bondad se acata, i se castigan, como debia ser, a la injusticia i al crimen? ¿La balanza de los bienes i los males, decidme, no se inclina del lado en que la perversidad estampa su mano i la iniquidad de una sola vez iguala i traspasa el peso de las virtudes?

Sin querer me he metido en una cuestion espinosa, sin querer, mi pobre fantasia háme llevado a un terreno que ni es propio del asunto ni ménos del fin que me propongo para hacerte siquiera mas leves las largas i fastidiosas horas del invierno.

Así pues, perdóname, lector i escucha, si quieres, la serie de mis aventuras.

Al rayar el alba del siguiente dia a aquel en que me has dejado completamente dormido, lo primero que hice ántes de vestirme fué recorrer las tarjetas, que no sé como, pues jamas pude averiguarlo, vinieron a parar sobre mi velador.

Por supuesto ojéelas todas sin dejar una sola, i fué tal mi contento al ver que en ellas se me invitaba para recorrer los establecimientos públicos i pasar la noche en las casas primeras del pueblo; que puedo asegurarte que mas de una vez zapaté de satisfaccion, i tanto que cualquiera hubiera podido tomarme por uno de esos escolares que ven por la primera vez el mundo.

Vestido pues de punta en blanco me dirijí a la Academia de pintura, la que, segun se me anunciaba en la tarjeta, era uno de los establecimientos artísticos mas hermosos del pais.

Efectivamente, la entrada del establecimiento me pareció imponente: un edificio majestuoso, aunque no sujeto a lei ninguna arquitectónica, se ofrecia desde luego a mi vista. Oh! me dije, este pais es raro hasta en el modo de fabricar sus monumentos; fuerza será, digan lo que quieran los arqueólogos, que cada pueblo tenga una arquitectura propia que revele así como su literatura el espíritu de que se halla animado.

Las artes tambien (i quizas mas todavia que las letras) representan los adelantos que ha hecho una nacion: sí, ellas son a su vez un retrato de su situacion, o mejor ellas son como la escultura que puede tener una sociedad para dejar impresa su fisonomía.

Las torres arabes, sus jardines, sus termas, están diciendo, i dirán mientras existan, la blanda i encantadora civilizacion de los hijos de Mahoma: sus minaretes son los copos de su fantasia, sus jardines, sus fuentes i arabescos i ojivas i primores, las mil variadas figuras de su elegante i muelle sociabilidad. El anfiteatro Romano, sus columnas derruidas, sus obeliscos, sus baños, sus estatuas, retratan mejor que sus historiadores a esa nacion, que desde una cueva de salteadores llegó a tomar el cetro del mundo. Sí, sus puentes que desafian las leyes de la gravitacion, sus piramides que parecen burlarse del sufrimiento i laboriosidad humanos: sus edificios, sus infinitas riquezas numismáticas, en fin, ahí están, cubiertas con el denso polvo de veinte siglos; pero en todos ellos podrá leer el filósofo una palabra que le haga comprender, tomar la clave de esa ciencia que se llama *de la vida*.

Pero no disertemos.

Una vez en las puertas del edificio que te he dicho, mis piés llevaronme sin querer a un vasto salon, en que por el número de alumnos que allí trabajaban i la multitud de cuadros i estatuas que veía, no podía ser otro que la academia de pintura. Realmente era ella: el profesor ya corregía los dibujos principados, ya les peroraba sobre las bellezas del arte. Al lado de éste, una multitud de curiosos, todos extranjeros, pasaban a contemplar los cuadros que allí estaban. Estos eran varios, i a juzgar solo por la impresion que produjeron en mi ánimo, puedo aseverar que el pincel que los habia trazado era sobresaliente.

Siguiendo, como era natural, a la multitud, paréme delante del mayor de todos ellos i sin querer quedéme transportado por algunos minutos a un mundo en que no habria querido de ninguna manera o por ningun pienso como decimos nosotros poner la planta.

El cuadro ocupaba casi un testero de la sala. Lo que representaba, segun me dijeron varios de los que allí lo miraban, era indescriptible; de manera que hube de tomarlo por uno de esos muchos caprichos con que los pintores se entretienen en torturar la fantasía de los aficionados.

Sin embargo, las figuras que allí veía no me eran desconocidas: el conjunto de los personajes, el todo, en fin, del cuadro bien podia haber hecho colejir al observador siquiera algo de la fantasía del artífice. Como yo soi curioso de naturaleza i me llevo siempre rumiando lo que no entiendo, aprovechéme de la ocasion de tener a mi lado a un hombre, cuyas afables maneras i amable continente parecian decirme que no se enfadaria de mis preguntas. Por cierto, el tal sujeto era amable i bonachon si los hai; así no me fué difícil entrar en conversacion con él i dar suelta a esta maldita sin hueso, que tanto me tiraniza, i a la que debo la mayor parte de mis trabajos. Pues señor ¿qué habrá querido decir el pintor en este cuadro, comenze?—No lo sé positivamente, respondiome mi interlocutor; pero yo malicio que la tal pintura encierra un significado que la multitud no puede comprender.

—Dice Ud. mui bien, señor, repliquele, ese cuadro para mí tiene mas sentido que el que se cree a primera vista; así yo desearia penetrarlo i me creeria tan dichoso de conseguirlo como me considero cuando tomo a Horacio o Terencio en mis manos i adivino lo que han querido decir en medio de sus dificultades.

Para que juzgueis, lector, de lo que era el cuadro de que hablamos, te haré de él una pequeña descripcion. Pues bien, atiende: un personaje cuya cara era parecida a la del sol, tal cual la pintaban los Incas en sus lozas, ocupaba el primer término. A su lado veíase una multitud de viejos a cual mas cargados con unos bolsones al parecer de oro sellado; los que, segun se entendia por el aire de sus fisonomías, ofrecíanle al dicho toda aquella fortuna con el fin de conseguir su objeto. Lo difícil de adivinar era lo que querian aquellos o pretendian con tanto ahinco. En el fondo del teatro, i detras de una cortina roja color de sangre, divisábanse solo las espaldas de un personaje pequeño de estatura, que parecia como escuchar, volviendo la cara hácia la pared, el resultado de aquella jestion. Por fin, en el suelo di-

visábanse algunas monedas caídas, cartas aun cerradas, papeles destrozados i sobre la mesa veíase así mismo el busto de un hombre parecido a aquel de la estatua de la plaza del palacio, el cual parecia como reconvenir a aquellos viejos por su demanda. Por fin, al pié del cuadro se leía año de... en letras coloradas. i en unos renglones que no pude decifrar del todo la palabra *martirio* acompañada de otra que, a fuerza de cavilar, conseguimos traducir por el nombre de *guerra civil*.

Como se vé el cuadro era enigmático; pero entre tanto la fisonomía del héroe, es decir del personaje que ocupaba el primer término, como ya te he dicho, era perfecto: colorido, viveza, espresion, vida, todo tenia; sus ojos centellaban como chispas a la vista de las talegas, i las caras de los viejos parecian, observándolas con fijeza, dilatarse al aspecto de aquel hombre a quien deslumbraban con su riqueza.

No habiendo podido ni mi cólega ni yo penetrar esta alegoría, sin decir una palabra mas sobre el asunto, fuímosnos mui cabisbajos a colocarnos delante de otro, que, aunque menor en dimensiones, que el dicho, ne era por eso ménos digno de interer. Veamos le dije si adivinamos este.

—Ojalá, contestóme, seamos mas felices que en el otro, aunque se me figura que ni Ud. ni yo hemos nacido para decifrar jeroglíficos.

—A pesar de eso, amigo mio, algunas veces he hecho descubrimientos de que bien habria podido enorgullecerse Champollion, que, como Ud. sabe, es el primer decifrador de monumentos.

Así hablando, i algo picado de lo que me habia dicho mi compañero, púseme con todos mis sentidos i potencias a observar el cuadro que allí estaba como para hacer pendiente con el otro en materia de embolismo.

El cuadro pues era hecho de mano maestra, i tanto que mi interlocutor me repitió cien veces: hombre los toques son del Correggio: repare Ud. en las medias tintas, fijese Ud. en el colorido, en la fuerza del pincel, en esas sombras que parecen como empujar a los objetos que las dominan. Con efecto, la pintura era no solo buena sino excelente. Lo que si me chocó, fué que el pintor, que era sin duda el mismo del anterior, no contento con el embrollo en que ya nos habia metido, quisiese todavia confundirnos mas con sus caprichos. Para que veais si es fundado lo que digo, atended:

El mismo personaje sobre que rueda la accion del cuadro de que ya he hablado, se halla aquí con un cincel en la mano labrando una estatua para cuya colocacion se ha colocado un pedestal en el fondo del cuadro. A este lado se ven tambien a los mismos viejos de los bolsones que esperan ansiosos que el escultor ponga fin a la obra. Pero nótese en algunos una espresion de angustia a medida que la cara de la estatua se va despejando a favor del martillo del artífice. Tambien se divisa en el rostro de algunos de los mismos una emocion que parece indicara que creen que una vez acabada la obra no ha de ser de su gusto. Para remate, una porcion de caras desconocidas, *achinadas* asomanse por una ventana, i el placer de que se hallan poseidas, hace un contraste, que nadie puede ménos que notar, con el dolor i el susto que espresan las fisonomías de los que te he dicho.

Este cuadro para mí es un problema de geometría, dijo mi compañero despues de mirarlo una media hora, ya acercándose, ya retirándose, ya poniendo la mano en forma de antejo. — ¡Qué demonio de cuadro! fué mi única respuesta, i sabe Dios que al decir esto, sentia yo una verguenza inesplicable, acordándome que tan jactanciosamente habia hablado de mi tino adivinatorio.

Por fin, para abreviar el cuento, mi improvisado amigo i yo, sin tener mas que decirnos sobre el particular, fuímonos a cerrar el salon cada uno por su cuenta, para no tener, sin duda, que comunicarnos nuestra mútua torpeza.

Por supuesto yo estaba triste: el significado de aquellas pinturas, aunque no me era conocido, no por eso dejaba de aflijirme, pues es sabido que todo lo misterioso ejerce sobre el alma una influencia que la obliga a vagar por el sendero de la duda, que no es otro que el de la melancolía.

Sin embargo, una hilera de retratos colocados frente a la puerta de la sala, i por esta razon iluminados entonces con toda la luz de un sol de Enero, consiguió irme quitando poco a poco aquella murria, aquella desazon que se habia apoderado sin saber como de mi espíritu.

Los retratos, sin ser el pintor un buen pincel, como se dice, eran no obstante mui semejantes: cualquiera a la primera mirada habria podido decir, ese es don fulano.

Entre ellos habia algunos (i eso que todos eran mui semejantes) que podian tenerse mui bien por verdaderos daguerreotipos. Sí, hasta las arrugas de la cara, hasta el mas imperceptible lunar i peca, estaban alli diseñados con verdad, con mas verdad quizás de la necesaria, pues no se necesita de esa minuciosa exactitud para rendir en el lienzo la figura de una persona.

El que encabezaba la fila era un hombre de mediana edad, de rostro poco afable, de facciones regulares, pero de ojos que revelaban al primer golpe la impaciencia i la enerjía.

Sin embargo, esta mas bien podia tomarse por capricho, segun era de imperioso i despreciativo el jesto de su boca. El todo de la fisonomía anunciaba pasiones fuertes, no contenidas por eso que se llama *conveniencias sociales*, i sobre todo una irritabilidad tal, que bien podia decirse sin equivocarse, que en todos sus actos i palabras debia siempre notarse aquella hiel que destila un corazon selvativo cuando no ha sido modificado por la educacion desde temprano.

Este hombre me gusta, exclamé apesar de sus defectos, pues noto en él, no obstante lo atropellado de su jénio, una enerjía i una abnegacion ante sus compromisos que no he visto hasta ahora.

Oh! me contestó uno que estaba a mi lado: este es Pitt, el célebre Ministro de Jorge III, el hombre que a la edad de 23 años gobernó la Inglaterra, como podria haberlo hecho despues a 50. Oh! este es el primero entre los hombres de Estado de nuestra tierra: virtud, patriotismo, valor, saber, todo lo reune; pero, con todo, sus cualidades han hallado muchos enemigos.

Efectivamente, señor, el hijo de Lord Chatam, i el famoso secretario de Estado de Felipe II, Antonio Perez, son los únicos que a tan corta edad han podido merecer esos elogios.

Sin embargo, la tenacidad i falta de fé en los actos de ese grande hombre, hacen que yo lo juz-

gue ménos bien que Ud. que tan apolojista se muestra de sus talentos.

— Oh! me replicó entonces mi interlocutor, yo no alabo su alma, yo lo que elojio es su talento i nada mas. Así no hai por que equivocarse mis conceptos.

Estas palabras, en las que creí hallar una reconvenccion, no dejaron con todo de hacerme pensar en la lijereza de mis apreciaciones, i en la necesidad de estudiar los hombres concienzudamente antes de juzgarlos. No obstante, repliqué, para mí no hai talento, ni fortaleza, ni enerjía, cuando veo que el corazon solo vibra por intereses de partido: cuando se inmola a la rabia i al resentimiento lo que uno no puede ménos que reverenciar en los altares de la justicia.

Así diciendo separéme del dicho cuadro, pero no sin echar sobre él una mirada respetuosa, una de esas miradas en que se dice: no te amo, pero necesito volver a verte. El retrato que estaba al lado del que se habia nombrado de Pitt i que yo habia tomado por todo, antes que por el tal Ministro, era asimismo de otro hombre, cuya cabeza encañecida ántes de tiempo, i rostro agriamente contraído, indicaba ser el de un individuo sobre quien pesan las tareas del Estado. En este no habia irritabilidad ni enerjía, no habia viveza como en el otro, pero sí prudencia, sagacidad, i sobre todo un profundo estudio del hombre.

Sus ojos, aunque grandes, parecian pequeños, pues los velaba esa situacion inesplicable del alma que hace casi perder las pupilas bajo sus parpados. Los pliegues de su boca acreditaban la ironía, pero no la ironía colérica del anterior, sino esa ironía amarga, fria, que nace no tanto de los desengaños del corazon, cuanto de las *decepciones* del espíritu. El todo del cuadro sino gustaba, al ménos inspiraba un no sé qué de misterioso, de incomprendible, que parecia mandarnos guardar silencio aun en medio del deseo de dar rienda a la lengua.

Este cuadro merecé estudiarse, fué lo único que dije; mas mi cólega oyendo esta palabra, contestóme en voz bastante alta para que no pudiese ser oida de todos los concurrentes.

Ese cuadro digo, no debe verse ahora: esa es una pintura que no debe apreciarse sino despues de algunos años; sí, esa figura vista a la luz del dia en que la vemos no será sino despreciada; i sin embargo, hai en ella, algo de superior que no podrá comprenderse sino cuando el colorido haya adquirido la ranciedad necesaria.

De los otros cuadros i estatuas que allí habia, no diré sino que sus rostros vacios de intelijencia solo demostraban la pequeñez i la insensibilidad del alma: eran, por fin verdaderos retratos de la miseria del espíritu i la nulidad del corazon: defectos o vicios que, digan lo que se quiera, no debieran ser sujetos para ocupar los talentos del artista.

(Continuará.)

Edith.

(Conclusion.)

VIII.

El castillo gótico que lleva el nombre de Claverhouse está situado en uno de los lugares mas pintorescos i apartados del Northumberland. Es

uno de los antiguos e inmensos edificios de la edad media, de arquitectura gótica, con los dentellones de piedra cincelada, de májico aspecto, como ya no se ve en el continente sino en las decoraciones teatrales, i en algunos condados del norte en Inglaterra, en donde el orgullo aristocrático de las clases privilegiadas se aficiona a conservar religiosamente el sello de su noble antigüedad i el carácter feudal de estas reales moradas. Claverhouse está edificado sobre la pendiente casi imperceptible de una colina, bajo de la cual se estiende el vasto lago de Gateshead. Bosques inmensos rodean el castillo: ellos forman el parque i le dan un aspecto grandioso i severo. Los atraviesa el Tyne, que corre silenciosamente sus aguas. Claverhouse i sus dependencias se estienden a muchas leguas de circunferencia. La fortuna destruida de lord Claver lo habia forzado a descuidar singularmente los bienes de sus padres, así que habian pasado mucha parte de ellos a acreedores ávidos; pero hacia algunos años, gracias a los cuidados i sacrificios jenerosos del señor Lushington, que esta bella propiedad habia recobrado su primitivo estado; todos sus distritos habian desaparecido, i forma hoi, sin contradiccion, uno de los mas vastos dominios de la gran Bretaña.

Allí era donde lady Claver habia creído refugiarse para huir del amor de Estévan, i de los peligros a que la arrastraban sus propios sentimientos. Se apercibió demasiado tarde de la imprudencia que habia cometido conservando a Vivian cerca de ella, i proponiéndole una amistad de hermana: comprendia toda la fragilidad del plan imposible que habia formado, así fué que sintió una especie de espanto cuando se encontró sola entre su padre i su esposo. Una revolucion completa parecia operarse en ella, resignada con su suerte se manifestaba dulce, igual, afectuosa, pero una profunda melancolía se habia apoderado de su alma, i ni los cuidados asiduos del jeneral i de lord Claver, ni los placeres del campo en una estacion magnífica pudieron distraerla.

Una mañana, Edith estaba retirada en su departamento, que hasta entónces su salud intercadente no la habia permitido participar del de lord Claver; estaba tendida sobre un canapé, pensativa, cuando Jenny entró para cambiar las flores que adornaban su retrete. Lady Claver no habia notado esta accion tan insignificante en sí misma sin el aire misterioso i embarazado que manifestó su doncella al retirarse, despues de haber depositado sobre un velador la jardinera que habia llevado. Edith se levantó i fué a tomar un ramo de rosas que encontraba allí ordinariamente. A primera vista distinguió un billete oculto en medio de las flores: permaneció indecisa i tuvo un instante el pensamiento de llamar a Jenny para ordenarle severamente se llevase las flores; pero la curiosidad, i un presentimiento mas fuerte aun la hicieron tomar el papel: rompió el sello con mano trémula i leyó lo siguiente:

«Despues de haber perdido a la noble amiga en
« quien habia reconcentrado todas mis esperan-
« zas de felicidad, no puedo vivir en Inglaterra:
« la dejo para siempre; sin embargo, ántes de
« abandonar mi patria i mis amigos desearia vol-
« ver a ver a Edith una vez aun: quiero volverle
« los juramentos que me hizo otras veces, quiero
« darle un largo i eterno adios. Esta noche a las

« diez estaré cerca de la fuente a las orillas del
« lago, en el interior del parque de Claverhouse.
« ¿Edith rehusará oirme cuando la esperanza de
« verla una última vez puede solo ayudarme a
« soportar una existencia que me es odiosa?

«Estévan Vivian.»

Edith quedó inmóvil i sin voz: su corazon le habia dicho que la carta era de Estévan, pero podia imaginarse que le pedia una cita? Ella no debia ni podia concederla: encontraba suficiente fuerza en el sentimiento de sus deberes para rechazar al desgraciado e imprudente Estévan.

Ella lo creyó así, i para resistir mejor a su debilidad, despedazó el billete que habia releido muchas veces. Pero miéntras mas corria el tiempo, sentia aumentarse mas su turbacion e irresolucion. No salió de su cuarto e hizo decir a lord Claver i al jeneral que se sentia indispuesta i tenia necesidad de reposo. Despudió temprano a sus criadas, i tomó todas sus precauciones como si de antemano hubiese resuelto ir a las orillas del lago; i sin embargo se prometia aun respetar la determinacion que habia tomado. Cuando se hubo quedado sola, para hacer creer que dormia, apagó las lámparas que ardian en su departamento, i abriendo una ventana que daba el parque, oyó en el reló del castillo sonar sucesivamente las horas tan largas de la noche. Los jardines estaban suavemente alumbrados por los rayos plateados de la luna que se reflejaba en el lago i dibujaba sombras espesas de los bosques.—Me espera, decia, i no lo veré mas! me espera i me acusa de indiferencia, i yo sufro penas que no conocerá jamas!

Tales eran los pensamientos que ocupaban a Edith; pero cuando llegó el momento en que creyó que Estévan se encontraba en el parque, no pudo dominar mas su agitacion. Se levantó, se aproximó a la ventana i puso el oido como para percibir el ruido de los pasos de Vivian. En fin, a la vuelta de una calle de árboles que daban bajo sus ventanas, vió aparecer un hombre envuelto en una capa i en el andar inquieto reconoció a Estévan: era él en efecto, que se avanzaban hasta cerca de los muros del castillo. Tembló al pensamiento que lo podrian apercibir, i ajitó su pañuelo para hacerle señal que se alejara, pero léjos de consentir en ello levantó la voz para suplicarle que bajase. Asustada por el ruido que hacia, cojió un chal, i se envolvió en él rápidamente i mas muerta que viva se fué donde estaba Estévan, que la arrastró hasta las orillas del lago i la depositó casi desvanecida sobre un banco de césped: solo pudo responder con un torrente de lágrimas a las preguntas de Vivian.

—¿Os arrepentis de la señal de confianza que me habeis dado viniendo a estos lugares? le preguntó con inquietud.

—Ah! qué he hecho! dijo ella: si se apercibiese de mi ausencia, si mi padre...

—Estad tranquila, todo reposa en el castillo i no tenemos nada que temer. Dejadme gozar en paz del momento que os dignais concederme. Edith, me hubiera sido demasiado penoso partir sin veros, sin pedir os perdon de los pesares que os he causado.

—¡Ah Estévan! desde largo tiempo sufro cruelmente porque he comprendido que las culpas vienen de mí, mas bien que de vos. Solo yo pue-

do acusarme de haber hecho la desgracia de nuestra vida!

—¡Qué decis Edith!.....

—Yo tengo la culpa, replicó ella; sí, no creais en mi debilidad. No he venido aquí para hablaros de mis tormentos: un objeto mas noble me ha guiado, quiero volveros a la razon i al honor. Estévan, por una mujer renunciáis a vuestra patria, a vuestra familia i amigos? No, quedaos, el tiempo os distraerá bien pronto de una pasion insensata, i otra mas feliz que yo.....

—Ah! vos no me habeis amado nunca, interrumpió Estévan, cuando podeis figuraros que yo pudiera olvidaros jamas!

—Yo os amo! dijo Edith, os amo, i lo digo sin remordimiento en el instante en que vamos a separarnos para siempre! uno i otro hagamos nuestro deber: separémonos..... Abandonadme, prosiguió; conozco que no sufriré largo tiempo; pero conservad el recuerdo de Edith, pensad en élla alguna vez, Estévan, porque encontrareis mil mujeres mas bellas, pero ninguna que os ame tanto!

Al decir esto, sus ojos buscaban los de Vivian, pero él no parecia escucharla: hasta que al fin asiéndola en sus brazos con un movimiento convulsivo la estrecha junto al corazon, pareciendo desafiar a tres personas que se habian aproximado sin que ellos lo hubiesen apercibido. Edith se encontraba en presencia del jeneral Lushington, de lord Claver i de Lucy. Arrojó un grito i cayó sobre el banco de césped....

—¿Podria saber, dijo el jeneral con voz severa, por qué casualidad recibimos tan tarde la visita del señor Vivian, i como es que mi hija ha sido la primera en encontrarlo?

I como no recibia contestacion ninguna.....

—¿Debo considerar esta circunstancia como una cita concedida por lady Claver? pero no, continuó con emocion: mi hija deberá acordarse que ella misma precipitó su matrimonio con mi amigo; así no creo que haya querido deshonrar las canas de su anciano padre: ella nos dará una explicacion satisfactoria de su conducta....

—Pienso jeneral, dijo lord Claver dejando escapar una sonrisa, que es a mí a quien pertenece pedir esta explicacion.

—Aunque mi presencia no debe dar lugar a ninguna interpretacion ofensiva, interrumpió Estévan indignado con este tono de lijereza, estoi pronto sin embargo a dar a Lord Claver todas las satisfacciones que pueda i quiera exijirme.

Estas palabras amenazadoras hicieron temer a Edith un peligro mayor aun, asió la mano de Estévan, miéntras que Lucy se aproximaba a su hermano i le suplicaba que no cometiera una imprudencia.

—Un momento jóven! dijo Lord Claver con dignidad, i espero que quedareis satisfecho de las armas que emplearé contra vos. Aproximándose despues a Edith:—Hija mia, le dijo con bondad yo tendria muchos reproches que haceros: vos no habeis tenido confianza en mí. Ah! vos no sabréis nunca la desgracia eterna a que os condenabais, si mi esperiencia i la ternura de vuestro padre no hubiesen sabido velar por vuestro porvenir i vuestra dicha

—Qué quereis decir, exclamó Edith con ansiedad.

—Sois libre, respondió Lord Claver: nuestro matrimonio no ha sido concluido, uno de mis

amigos es el que ha desempeñado el papel de ministro que nos ha unido en un templo no consagrado. Las cartas que anunciaban nuestro matrimonio no han sido enviadas i aquellos parientes i amigos que estaban presentes a la ceremonia habian sido prevenidos de antemano. Si hubierais tenido mas calma, mil circunstancias hubieran debido instruiros de la estratajema que empleábamos. Sois, pues, dueña de vuestra mano; i en el cambio que he hecho, lo aseguro, no hai nada de doloroso para mí, pues en vez de los derechos de un esposo poseere (asi lo espero) los de un verdadero amigo.

Al decir esto, la sorpresa, el pasmo quitaron a Edith el uso de sus sentidos: su cabeza se inclinó sobre el hombro de Estévan hasta que por fin las lágrimas vinieron a aliviar su corazon. Lucy, lord Claver participaban de esta emocion i el jeneral Lushington no tuvo mas valor que para decir a su amigo:—Gracias! mil gracias! mi noble amigo Claver; pero vos mereceis el premio del desinterés; i como yo dirijo el hilo de los acontecimientos i conozco los secretos pensamientos de todos, creo tener derecho para ofreceros una digna i noble recompensa a la cual, estoi cierto, debeis estarme agradecido.

Avanzando entónces hácia la señorita Vivian que al oír esto habia quedado confusa, tomó su mano i la colocó en la de Lord Claver, que la llevó respetuosamente a sus lábios.

No añadiremos nada mas al cuadro que acabamos de trazar: dirémos solo que quince dias despues un doble matrimonio tenia lugar en Lóndres, en la Catedral de San Pablo, i que esta vez la ceremonia se verificó con tanta publicidad como pompa i que ya no fué posible quedar la menor duda de la realidad de este fausto acontecimiento a la mui dichosa Edith, heroína de esta historia.

FIN.



Triste acontecimiento.

Por cartas de personas fidedignas se sabe de positivo, que ha dejado de existir el 9 del presente en la ciudad de Lima, el señor don **José Miguel Carrera i Fontecilla**.

Por lo que se nos dice ha muerto de la misma enfermedad que el señor Garcia: la falta del aire de la Patria mata mejor que el mas afilado puñal i el mas mortífero veneno.

Mui léjos de imaginar estaria el distinguido hijo del Jeneral don José Miguel, que habria de dejar sus huesos léjos de Chile. No parece sino que una imperiosa i siniestra fatalidad empujase a los que llevan este apellido a fenecer léjos del centro de sus afecciones, apartados del regazo que solo la patria puede ofrecer a las almas levantadas i sensibles.

Jóven, todavía, lleno de vida i esperanzas habria podido ser útil al pais, continuar en su clase la carrera de glorias que su ilustre padre

selló con el martirio en el mas injusto i horroroso patíbulo; pero no fué así, la desgracia constante siempre en abatir el mérito, en perseguir a los buenos, se interpuso en su carrera para que la muerte del hijo fuese el complemento del trajico final que merecieron los esfuerzos heróicos del padre. ¡Horrorosa i terrible cadena de infortunios, cuyos eslabones no ha podido romper el patriotismo i el denuedo!

Sus amigos pueden hoy ceñir el fúnebre crespon con sobrada justicia, con merecido orgullo. De la fortuna, de las comodidades de la vida, de todo lo que la embellece i alhaga, desprendióse con abnegacion, con grandeza: lloreámosle, pues, i haciendo coro a los nobles proscriptos chilenos que han tenido el honor de recibir sus últimos dolores, elevemos tambien fervientes votos al cielo, por que vueltos a la patria sus preciosos restos, sirvan de elocuente leccion para los que deseen sacrificarse por ella, sin recordar que las espinas, i la hiel, los azotes i la muerte, sirvieron siempre de recompensa a los beneficios hechos a la patria por sus buenos hijos.

Acompañamos con nuestra pena a la noble familia del señor don **José Miguel**, seguámosla en su tormento; i muy léjos de invocar consuelos acomodaticios, hijos de la insensibilidad o el egoismo, le diremos que hace bien de llorar por la muerte de sus esperanzas i de su dicha.

Llórenle, pues, sus deudos, lloreámosle nosotros sus amigos i apasionados; i llórele, en fin, la patria como el último vástago de esa raza a quien ha debido Chile dias tan preciosos i tan bellos.

Las filas de nuestros amigos i compañeros se aclaran: los pesares, la nostalgia los atierran en el extranjero; i entre tanto el humo de la pólvora i el estruendo del banquete, i la música del contento atruenan nuestra esfera sin duda para que no lleguen a nuestros oidos sus últimos lamentos.

Si tal es la suerte del hombre, si tal es el destino de los pueblos i no queda otro recurso que el llanto, lloremos en hora buena i pidamos a Dios el premio de tantas lágrimas.

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—La estatua de Portales.—Discursos.—Misa de gracia i besamanos.—Fuegos de artificio.—Sueños del diario de la capital.—La patria para que quiere mas.—Pampilla.—Teatro.—Defunciones.—El Casino.—Fiestas del porvenir.—Las moseas de Franklin.—El banquete a escote.—Un voto al cielo i una disculpa.

Por mucho que me cuentes, lector, que te has divertido mas que en todos los diez i ochos pasados; por mas que me digas que la patria ha estado, i por consiguiente tú, mas divertida que nunca, no te lo creeré; que para eso Dios me ha dado un colmillo, hecho ya un cuerno de toro a fuerza de desengaños i pellejerías.

Sin embargo lo que creo ha debido parecerte mas entretenido i curioso en todas estas fiestas de cajon (digo cajon porque por ser las últimas de este período presidencial, son las del fondo de la caja) ha sido pues la solemnidad del acto con que se acompañó el *destape* de la estatua de la plaza de la moneda.

Como sabrás, el señor Ministro del Interior pronunció un discurso que, si bien no brillante como

el caso merecia, fué con todo capaz de llamar la atencion de los espectadores. Efectivamente, su señoría concluyó bien su alocucion, pues aquello de que *la estatua* vendria a ser derruida por el tiempo, pero que no por eso la memoria del señor Portales se derrumbaria de nuestros corazones, es uno de aquellos golpes oratorios que no se olvidan, una de aquellas salidas, como dicen las Andaluces, que cortan felizmente la frase ni mas ni ménos que un *fiat lux* o un final de un soneto de Góngora. Los espectadores estuvieron pues, muy complacidos de la uncion i hasta del embarazo del orador al ver de cerca aquella gran figura. Si, todos los que allí estaban hallábanse poseídos como de una especie de terror relijioso, que se comprende perfectamente recapacitando en lo que fué aquel hombre, hoy reducido a un pedestal de mármol i a un trozo caprichoso de bronce, i en lo que son hoy todos aquellos a quienes su soplo creador levantó de la nada para ser despues o sus émulos o sus pajeiristas.

Acto continuo de dejar la palabra el señor Ministro, que en esa situacion representaba al gobierno, don Miguel de la Barra i Lira, saltando no sé sabe cómo ni con qué la barrera que circunda la estatua cayó dentro de aquella, armado de un cartapacio de veinte pájinas, escritas en un estilo tan curioso segun estan atestadas de recuerdos sangrientos i reflexiones intempestivas i sobre todo segun chorrea en ellas la mas impertinente adulacion a los hombres que, sin haber tenido arte ni parte en la política de entónces, cree el orador improvisado dignos de recibir el incienso de su roto incensario.

No era pues merecedor el ex-Ministro Portales, el hombre que puede ofrecer a sus conciudadanos una memoria sin mancha como patriota, que el dicho don Miguel fuese a rebentar al pié de su monumento con ese torrente de vaciedades en que si campea la poca segura cabeza del autor, no luce ménos el espíritu estrecho del que quiere granjearse proteccion escupiendo torpemente la memoria de hombres sobre quienes pesa una josa o son ya simple polvo.

Todos los que allí se encontraban manifestaron bien claro su disgusto, pues no bien don Miguel habia leído un par de pájinas de este bodrio, principiaron a decir, para que el orador callase, que ya era suficiente. Pero no hubo forma: era preciso decir todo lo que se habia estudiado: era necesario acabar de dar remate a la obra confeccionada a fuerza de vijilias i pellizcos; i por consiguiente que la augusta sombra del finado recibiese, despues de haber estado sofocada por tanto tiempo, ese insultante homenaje en el dia de la patria. Para hablar de la prosperidad de Chile debida a los esfuerzos del martir de Quillota no era preciso, ni natural, ni político, ni noble, ni cristiano encajar odiosos recuerdos, tizar de sangre la memoria de nuestros hermanos que yacen hoy en la huesa despues de haber pagado con la vida i con el martirio su crimen: no, de nada de esto se necesitaba: lo que habia menester la memoria del grande hombre a quien se queria saludar en el aniversario de la patria, de esa patria a quien constituyó tan firmemente, era solo el recuerdo de sus virtudes cívicas, de su desprendimiento, de su jenio, a los que se deben seguramente el esplendor i la prosperidad que Chile disfruta.

¿A qué venir pues unir a las palabras de amor i gratitud esos acentos siniestros de odio i de rencores? ¿O se creyó, como creen los bárbaros, aplacar los manes irritados del Dios haciendo correr la sangre por la mesa de sus altares?

En este concepto, es de pedir al cielo que don Miguel no vuelva a decir mas esta boca es mia, i se contente con el papel de historiador en compendio que ya le ha conseguido un *pase* de la Universidad de Chile.

Como soi curioso en extremo i amigo de no perder ningun hecho público, al ver el programa espedido por la Intendencia para reglamentar las fiestas, me dirijí el diez i ocho a la Iglesia Metropolitana en busca del *besamanos* que se señala para ese dia. Por supuesto un acontecimiento de esta especie me parecia una curiosidad digna de los tiempos en que vivimos, i por lo tanto mas digna todavia de fijar mi atencion particularmente. Por esto es, que a cada momento me empinaba i codeaba a mi compañero para que me dijese si habia llegado la hora. Pero nada, pasó la misa, pasó el sermón, pasó la música i no ví que nadie le besara a nadie ni la mano ni nada, sino que, por el contrario, todos guardaron lo mejor que pudieron lo que llevaban, para verse libres de todo achaque de besos, i mucho mas achaque, cuando el besado no tiene cosa digna de envidia.

Lo que nos gustó, sobre todo, fué la música: sí, aquella armonia embebida en el aura perfumada del incienso, hacia vibrar las paredes de la casa del señor i como llevando en sus sonos las plegarias doloridas i fervientes de tanta viuda i huérfano que habian ido allí a refrijerar el alma con el ambiente consolador i jeneroso del templo.

Lo que nos disgustó un poco, si hemos de ser francos, fué que el sermón tuviese como todos los años esa manita de gato, de afeito adulatorio tan impropio de la cathedra divina del Espiritu Santo. ¿A qué pues nombrar al hombre, alabar sus miserias, enaltecer sus flaquezas en el sitio donde el sacerdote debe tomar lenguas de fuego para cantar las maravillas del catolicismo, para rendir gracias a la Providencia de los favores que a su merced han cabido a los pueblos?

Tan cierta es la repugnancia que esto inspira que Laharpe decia hablando de Bossuet: «jamás dejaba de ser elocuente i si alguna vez sucedió, fué cuando dirijia aquellos apostrofes lisonjeros a Luis XIV.»

Sobre los fuegos de artificio, como lo habrás visto, qué poder decir sino que fueron los mismos de todos los años: las mismas *viejias*, los mismos *toreadores*, las mismas ruedecillas i la misma peste de pólvora, la cual hacia todavia mas vertiginosa las pedestres exhalaciones de nuestra democracia. Con todo, no habia allí nadie que no estuviese hecho un castillo de luz; tal era el contento popular ocasionado por esos fuegos fatuos, que Napoleón III creyó mas eficaces para alegrar a su pueblo que lo que pudieran las leyes i las ordenanzas mas liberales. ¡Oh «el pueblo es una reunion de niños traviesos, decia Metternich, i tenia razon: el pueblo Español, decia tambien el Ministro Esquilache a su amo Carlos III, es como los chiquillos que lloran cuando los limpian.»

Es tan verdadera esta apreciacion, que si los

déspotas tuvieran todos los domingos una fiesta de esta especie no vendrian nunca al suelo. Hablando de esto con un viejo, un si es no es hipochondriaco, me decia en una de esas mismas noches: si OHiggins hubiese dado la víspera de su caida un espectáculo de esta clase, al otro dia los pelucones no habian tenido valor para insurreccionarse.

Pero sea de esto lo que fuere, vivan los fuegos, que al ménos mientras cruzan sus centellantes chispas el espacio, uno se figura que la luz cae por racimos sobre las turbas i las ilumina con todo el brillo de sus resplandores.

Leyendo el editorial del *Ferrocarril* del 18, titulado *Dia de la Patria* i el que publicó el Mercurio con el nombre de *Amor de la Patria*, ya me figuro te habrás llegado a creer que estamos en el mediodia de la felicidad, en el corazon de aquella era de venturanza que sueñan los republicanos para el mundo i no, como lo creo de costumbre, en uno de esos momentos sin nombre en la historia de los pueblos; i en los que se derraman lágrimas sin cuento, unos pidiendo resignacion i otros demandando esperanza como lenitivo de sus sufrimientos.

Sí, señor, el *Ferrocarril* me ha servido de plus-café, por cuanto me ha hecho mirar las cosas bajo el prisma rosado del contento, bajo aquella luz que solo despide la fortuna desde su trono para quebrarse opaca o sombría entre los escombros i las ruinas, i que, por lo mismo, no la vende de la misma manera los que están sumidos en el abismo i los que ocupan la cúspide de donde se irradia.

A pesar de todo, nuestro colega (quiero llamarlo así porque sé que no quiere ser nuestro compañero) no deja de caer en medio del torrente de sus frases francesas, de su elocuente galiparla, de esa locuacidad sin término sobre abstracciones, de ese estilo de proclama siempre uniforme i sostenido, en inconsecuencias chocantes i que, examinadas un poco, echan por tierra un instante despues de la reflexion, todo ese castillo de baraja que, a semejanza de esas figuras de los fuegos de artificio, se prende en un segundo i desaparece resuelto en ceniza i en pavesa.

«Chile, dice, por su parte bien puede levantar alta la frente en el 18 de setiembre de 1860. Los cincuenta años corridos no han sido estériles para la idea del año 10. Independencia, república, democracia se dijo entónces, i nos cabe en suerte ofrecer en el altar de la patria ese santo legado, no ya tan solo conservado sino aumentado, no ya como una esperanza, como una aspiracion, como una realidad, como un hecho consumado.»

Preciosas frases ¿no es verdad, lectores i lectoras de todas edades i tamaños?

Pero en todas ellas, ¿qué hai de positivo, de verdadero para que las juzguemos de otro modo que como viento, que como pura ilusion o, si me apuran, como descarada mentira?

Que los patriotas del año 10 nos legaron independencia, república; que nos dieron con su ejemplo modelos de valor i amor patrio, superiores a todo elogio; que esos hombres siempre venerados i queridos, nos abrieron a fuerza de sacrificios i constancia la era del porvenir, no es ni nuevo ni una cosa que nadie, sin ser un malvado,

podría poner en duda. ¿Pero lo será lo mismo, preguntan todos, que ese legado tan noble i tan glorioso se haya guardado no solo intacto sino aumentado, como dice el dicho diario? ¿Que se entiende por aumentado? ¿Qué es lo que se llama guardado, no me dirían? Si ser consecuentes a la idea del año 10 en el amor a las instituciones, si proseguir la obra jenerosa de organizacion comenzada por los hombres de esa época, para siempre memorable i sagrada, consiste en no hacer caso de la opinion pública, es decir a ese eco infalible de las mayorías, elocuentemente espresado en el voto comun de las minorías pensantes que las simbolizan: si todo aquello consiste, repetimos, en armar leyes terribles que so pretexto del orden público puedan amenazarlo mañana, solo en ese caso puede el diario de la capital pretender haber dicho una verdad de su gusto.

Que se diga que Chile prospera materialmente, que los elementos de riqueza que componen su prosperidad jeneral se desarrollan, que se alegue que la instruccion se difunde, que las ciencias i las artes se cultivan; que los establecimientos de beneficencia comienzan a derramar sus beneficios sobre las clases menesterosas; que el espíritu de empresa va apoderándose de la actividad del hombre pudiente etc. etc, todo esto que se diga es una verdad; pero no por eso deben de silenciarse otras cosas que sirven de sombras a la bella perspectiva de este cuadro tan lisonjero; pero no por eso, debe dejarse de mostrar el reverso de esta medalla, tan reluciente para los que la contemplan por un lado i tan negra i enmohecida para los que solo pueden verla por el otro.

La felicidad es relativa; la felicidad bajo el aspecto que la consideran algunos ha podido vivir bajo Felipe II, bajo Luis XIV i hasta bajo Catalina de Rusia: pero considerada por otros bajo el aspecto puramente moral, bajo el aspecto con que el alma del pueblo ha cobrado toda su elevacion i desarrollo, solo la atribuyen i la miran como el don con que la Providencia en raras ocasiones ha tenido a bien regalar a los pueblos.

Tan cierto es eso, que los Americanos del Norte léjos de considerar dichoso el reinado de Leon de Médicis i de cualquiera de los monarcas Borbones, lo creerian mui infeliz, i solo como un castigo inflijido por la mano de Dios a los pueblos decrepitos i corrompidos. Tan cierto es que la felicidad es relativa, repetimos, que Franklin hospedado en Paris i agasajado por todos los primeros literatos i sabios de la corte, decia: los franceses son felices a su modo; pero yo quiero mas la poca dicha de mi patria que la mucha que ellos me cuentan. ¿Para los franceses de Luis XIV i los ingleses de Jorje III i Jorje IV seria felicidad la de los Yankees del dia? Seria, preguntamos, una dicha apetecida por ellos para su patria?

Bristled en su historia de los Estados Unidos se esplica así, hablando de la dicha del pueblo, a quien, segun dice él, las naciones envejecidas de Europa llamaban bárbaro: los Estados Unidos de la Union Americana no entienden el porvenir como las naciones que se llaman clásicas: allí el brillo, el lujo, la riqueza material es todo, i entre nosotros todo esto seria nada sin la riqueza moral, sin la libertad, sin la justicia, sin el derecho que son las únicas fuentes de donde puede venir una prosperidad verdadera.»

Cuando Luis XIV edificaba a Versalles, gastando doscientos millones de pesos, decia su ministro de finanzas: la Francia es rica, señor, aunque el pueblo perece. Cuando Leon X completaba la obra del San Pedro dilapidando 50 millones de pesos i provocando con esta medida la reforma, su cardenal ministro exclamaba: el papado tendrá un monumento de su grandeza i la Italia uno digno de representar su miseria. Cuando Felipe V, queriendo parodiar a su abuelo, gastaba tambien cincuenta millones de pesos en plajiar a Versalles con su Aranjuez, miéntras el monarca cazaba moscas en su propio consejo, uno de sus ministros le dijo: señor, tendreis la Francia en Madrid i a España en ninguna parte.

Ahora bien ¿esa dicha tan ponderada de nuestro cólega no se viene al suelo al menor sacudon? Sobre todo ¿está completa la familia chilena? ¿No faltan muchos hijos a la patria que hoy riegan con sus lágrimas el pan que les ofrece la proscricion i la miseria?

¿Como es pues una *realidad*, un *hecho consumado* la democracia, la libertad, el bien jeneral de que se nos habla tan enfáticamente?

No deja de ser tampoco algo candoroso nu estro buen cólega cuando asienta con aire majistral que el *presente* que disfrutamos *está sin nubes i el porvenir cargado de esperanzas*. ¡Ojalá que así fuera, que en eso solo ya tendríamos toda la felicidad apetecible para el pueblo! Pero en esta aseveracion ¿no hai, dígasenos, un optimismo encantador, una ilusion con la cual no se puede contar para mañana? Pero ya se ve, cada cual ve el cielo segun los anteojos que usa o segun le luz bajo que contempla los objetos. En este sentido perdonemos ese tan arrobado optimismo i guardémoslo siquiera para endulzar la hiel en que se anega nuestro desesperante i negro escepticismo.

Vaya! lector, he filosofado, politiqueado i todo, porque creo que no me has de leer en esta semana a consecuencia del cansancio de las fiestas cívicas. Que tal, vamos? ¿Te has divertido en ese campo de Marte a la vista de esos soldados ciudadanos entusiasmados i marciales como el ardor guerrero? ¿Qué tal ha estado el teatro? ¿Qué tal la Alameda i que tales las luminarias? Te pregunto esto primero, porque quiero decirte lo que juzgo de las tales fiestas de toda la semana. Yo por mí te diré que la cañada me ha parecido feísima, pues con los tales faroles i los arcos pintados i los árboles aun pigmeos, me ha hecho la ilusion de un camino carretero engalanado con banderolas etc., i al que solo faltaban algunas cuantas carretas para complemento. Si no te gusta este símil te diré que la alameda este año se me ha figurado la pampilla, pues sin árboles i arcos de muñecas i faroles i banderillas i música de batallones, es lo mismo que el *llano* como dicen nuestros rotos.

La pampilla estaba magnífica, espléndida, soberbia, suntuosa, admirable en una palabra. Aquí i allá confundidos en danza fraternal i gozosa el roto i el militar, el artesano i el campesino, la elegante aldeanita i la vieja de aros de perlas de nuestras recámaras; i sobre todo las armas ora en pabellones tapizando aquel suelo bordado del césped como una gruta del Telémaco, ora haciendo

atronar los aires con los ecos tan cariñosos de la guerra, ora cubriendo el sol con la humareda de sus cañones i para remate esa revista pasada por paisanos entretejidos con viejos militares, de nuevas reputaciones cívicas entremezclados con antiguas glorias; oh! todo esto era un espectáculo tan imponente, que estoi cierto que la entrada en Paris del ejército Frances despues de la guerra de Italia, fué mui poca cosa, por no decir una verdadera porquería al lado de esta hermosura.

El teatro tambien ha estado en su noche, como se dice; la representacion especialmente de Manzaniello nos ha dejado en la memoria gratisimos recuerdos: sí, allí vimos lo que es el pueblo, lo que quiere, lo que desea, la liviandad con que procede ora para divinizar, ora para hacer pedazos a los mismos ídolos que hace poco reverenciaba como Dioses. La pieza, como habrás visto, no es gran cosa, pues ni guarda exactitud en la narracion de los sucesos históricos, ni tiene grandes rasgos que sirvan a pintar la figura del pescador tan insensato como dichoso. Habríamos deseado ver en escena al famoso Duque de Arcos, a aquel viejo imbécil i cobarde que, no teniendo la grandeza de miras del político ni el corazon del guerrero de su tiempo, no hizo otra cosa que redoblar las desgracias de Nápoles. Si nó se quiere pintar a este ni al Conde de Oñate para formar un contraste con las miras del pescador hecho tirano, bien merecia ese Henrique de Lorena por su adulacion rastrera para con el improvisado dictador, (la cual lo llevó hasta dormir con él en su chiribitil i a ayudarle a curar con sus propias manos, como dice Anjel Saavedra, una llaga putrefacta) una pintura que hubiera servido para caracterizar al personaje i dar, lo que es mas, una leccion política provechosa.

La cancion nacional estuvo como siempre: poética como las brisas de nuestro cielo, fresca como las flores de nuestros jardines: brillante como las estrellas de nuestro firmamento, impetuosa como las olas de nuestros mares: esplendorosa como las luces vivificantes de nuestro sol de setiembre; majestuosa como las montañas que nos custodian por el oriente i, en una palabra, tan bella como el editorial del dia de la patria de que ya te hemos hablado.

Como el rumor de las fiestas i del contento embota la voz del sufrimiento i las lágrimas del dolor, quizas no habrás sabido, o apreciado como debias, los tristes acontecimientos que han venido a sumerjir a varias familias en el infortunio en los mismos dias destinados al placer i la alegría.

La muerte súbita del señor don Diego Serrano en la mañana del diez i ocho, es uno de ellos. Tan sensible pérdida no ha podido ménos que entristecer a todos sus amigos que hoi le lloran como malogrado para el pais a quien el honorable difunto podia haber servido en el porvenir con sus luces i sus méritos.

Otro de ellos, i que podia mui bien figurar en una de esas escenas lúgubres i siniestras que traza Sue para pintar las miserias i el abandono del pobre en la populosa i opulenta ciudad de Paris, ha tenido tambien lugar el mismo dia. En ese dia pues, ha dejado tambien de existir la desgraciada anciana doña Mercedes Escudero, viuda de un an-

tiguo militar, hermano del mui conocido caballero don Manuel Lisardi i tia carnal de la esposa del señor Ministro de Hacienda. Sus funerales se han hecho recojiendo una limosna, i eso que no han consistido sino en meter el cadáver en una roida mortaja i lanzarlo a la tierra sin esperanzas de reconocer mañana el sitio donde reposan estos huesos.

Emparentada con personas ricas, viuda de un antiguo soldado de la independenciam, vivió sin embargo la desdichada disputando a la muerte una existencia trabajada por el dolor i el hambre. A su edad octojenaria, el pan que comia lo debiaa la ímproba labor de sus manos: trabajaba noche i dia para sostenerse hasta que al fin rendido el cuerpo a la fatiga i a la miseria, cayó a tierra, como un elocuente testimonio de lo que es la caridad entre nosotros i de lo que son los lazos de la sangre, tan respetados i tan estrechos para todos los hombres que tienen entrañas.

Quando se charla de beneficencia, quando se pintan i recargan con colores exajerados i chillones los pocos beneficios que en nuestro egoismo somos capaces de hacer, deberíamos tener a la vista ejemplos como este para ruborizarnos de aglomerar mentiras que nada dicen, sino por el contrario pintan mas al vivo la mezquidad de nuestros sentimientos.

En años pasados la hija del mismo señor Lisardi, la mui famosa Carolina estuvo cuatro dias en el anfiteatro de anatomía sirviendo de pasto a la curiosidad impertinente i cruel de los estudiantes de medicina, i sus huesos, léjos de ser sepultados o reclamados por algunos de sus deudos, fueron a parar a manos de quien quiso tomarlos para conservar una curiosidad anatómica.

Quando esto se ve, i quando sobre esto se piensa, la pluma debe empaparse en hiel, en ponzoña para estigmatizar a los egoistas i mezquinos que, hollando todo lo mas sagrado que el hombre posee, su sangre i su nombre, no tienen reparo en manifestar cínicamente su miseria en una sociedad que se apellida cristiana.

Nada te he dicho de las luminarias, i sin embargo las luminarias han estado este año mas fúljidas i lucientes que en los pasados. Las que se veian en el frontispicio de la Moneda, fueron las mas preciosas, las mas simbólicas, las mas patrióticas que podrian haberse ideado. *Igualdad ante la lei*, ardia como un racimo de luces, de centellas; reflejaba como un canastillo de brillantes, i lo mas significativo era, que los visos de sus resplandores, ora hacian chispear todos los caracteres de esa palabra tan hermosa, ora hacian que se apagase del todo para brotar como por *chisquetetes* (perdónenme el vocablo) otra vez aquellas cifras tan queridas como pomposas. Un chusco que estaba a mi lado, viendo la contemplacion en que me hallaba, me dijo: amigo Duende ¿vé Ud. como se quema la igualdad en esta casa? Calle Ud. le respondí: que sobre las luces estas no puede decirse sino que son luminarias de oficio, i por lo tanto que nada significan.

I del banquete a escote ¿qué me cuentas, lector? ¿Concurriste a esa fiesta formada como el vientre de doña Dinguindaina de Quevedo? Si estuviste o mejor si tuviste el coraje de gastar veinte

pesos para celebrar a las autoridades, cuéntame los brindis, que, según dice el *Ferrocarril*, fueron calorosos como una ascua ardiendo. Lo que algunos me han dicho, es que el banquete se parecía al de Lucrecia Borgia, pues al paso que se oían los acordes estruendosos de la música, se veían detras de las cortinas unas especies de ataúd.

¿Cuáles serían estos? ¿Sería acaso la *Igualdad ante la lei* que se velaba por la noche en donde te he dicho? Pobre finada! Qué triste es esperar la muerte para resplandecer! pero al cabo siempre es brillar aun despues de muerto.

Los brindis que se dijeron fueron soberbios: mucho de ferrocarriles, mucho de vapores, mucho de orden i concordia, mucho de servicios pasados; pero nada de las lágrimas i los desengaños i las mentiras presentes.

Los wagones que vinieron a buscar tan réjia comitiva, nos la trajeron, como sabes, bien bebida i bien brindada i bien custodiada de soldados, que eso nunca ha de faltar en los convites oficiales en que se va a gozar del homenaje del pueblo.

No haré mas reflexion ninguna sobre el particular: ellas se hacen solas: así, lo único que queda es decir lo que decia aquel don Antonio cuando lo convidaban a beber: señores, yo brindo porque esta papa se repita.

Se ha abierto en estos dias con el título de *El Casino*, un precioso café, montado enteramente a la Europea. Su nombre, como puede verse, es hasta el mismo que tienen en Italia i España los mil lujosos establecimientos de esta especie.

Verdaderamente, esta es una novedad interesante para nuestra juventud que, no creyéndose bastante fuerte para arrastrar las miradas de los concurrentes a los figones que hasta ahora hemos tenido con el nombre de cafés, tiene que llevarse dando vueltas i revoloteos por el pasaje sin mas que conseguir imitar a las mariposas que revuelan por acariciar las flores.

La vida en Francia i en España no es interior; los cafés, los gabinetes de lectura, los teátrós la consumen enteramente; i en eso i por eso es que allí se dice que resbala la vida como un sueño.

Para nosotros, pobres habitantes de Santiago, privados de toda diversion, fuera de nuestras estiradas i etiqueteras visitas de familia, *El Casino* será siquiera para el jóven un pasatiempo en las horas de fastidio, un *piéd-a-terre* elegante en que vendrán los amadores a esperar la hora de su ventura, para los viejos un sitio de amable charla, de sabrosa curiosidad humedecida, ora por la miel aromosa del marrasquino, ora por el vapor rejerante del café.

Vamos, pues, al *Casino*: salones espléndidos, ricos tapices, viandas exquisitas, vinos perfumados, todo, en fin, lo que se necesita para pasar aquellas horas sin hora de Zorrilla, se encuentra allí i en un grado que dentro de mui poco se avergonzará todo hombre de levita de no haber ido al *Casino*, aunque mas no sea que para olfatear sus dicores i dar revuelos al rededor de sus mesas.

No terminaremos esta revista sin hacer un voto al cielo. Acompañame lector; es por la patria. Sí, pide conmigo lo que pedia el ilustre Franklin, cuando llevado de su sed de experiencias halló en un barril de vino de madera unas moscas al

parecer ahogadas i consiguió volverlas a la vida esponiéndolas al sol: sí, pide conmigo, como decia ese sabio, ahogarnos en vino de madera para volver a ver la luz dentro de cincuenta años, para contemplar bajo el sol de entónces los adelantos de nuestra patria. Sí, ahoguémonos en vino, para tener como las moscas del cuento, suspendida la vida por algun tiempo, i luego aparecer llenos de vida i bajo los rayos vivificantes de nuestro hermoso sol, para mirar llenos de admiracion i ternura los progresos de Chile, de la patria a quien tanto amamos.

He concluido esta crónica i necesito sincerarme de la falta de formalidad que de seguro acusarás al *Mosaico* por no haber salido el sábado. No salió, te lo diré francamente, porque yo me fuí a pasear, es decir la Redaccion, que Redaccion i Duende son hermanos, i los trabajadores no quisieron ser menos que yo. Esto dicho, estoi cierto que nos perdonarás i con toda la benevolencia del que se ha divertido a sus anchas.

EL DUENDE.

A Laura.

SONETO.

Deja que te ame, oh Laura, el alma mia
Con todo el fuego que voraz lo inflama;
Ai! yo te imploro! i no mi ardiente llama
Tú menosprecies desdeñosa i fria;

Amarte, solo amarte es mi alegría,
I el bien mayor porque mi pecho clama;
Es mi amor, cual la lumbre que derrama
El sol inmenso en la mita del dia.

Que te amé, oh Laura, en tu mirar airado
Siempre conmigo, i que yo te ame deja
Aun en el polvo, que tu planta pisa;
Deja que así infeliz i desdeñado,
Yo te ame al ménos sin que amarga queja,
Brote del labio a oscurecer tu risa.

PEDRO L. GALLO.

Adivinanza.

¿Quién será quien busca libros
Para leerlos sin pagar,
I cuando se los ofrecen
Por solo un peso mensual,
Dice no: que yo no quiero
Mi plata desperdiciar
Habiendo tantos objetos
De interes mas principal?
Al leer esto, si pensares
En cualquier particular,
Te aseguro, por mi nombre
Que habrás pensado mui mal;
Pues que el cuento se dirige
A todos en jeneral
Los que quieren leer periódicos
Sin gastar un solo real.